

El concepto de la inteligencia

II

Alejandro Aguilar
Machado

Nunca, como ahora, se ha hecho más perceptible el ansia de salvación en el género humano. Y ello aparece en los momentos mismos en que los recursos de la técnica están dando óptimos frutos.

Tanto el Occidente cristiano, como Rusia y sus satélites, pugnan en el lenguaje elemental o simbólico, por una paz colectiva que logra prender en todas las almas la felicidad, hoy perdida en el festín de Baltazar de las nuevas adquisiciones de la técnica. Ello nos demuestra, como verdad inconclusa, que la felicidad no es ni puede ser un mero producto de las circunstancias externas o del ambiente.

El hombre interior no logra satisfacerse con los impulsos a que dan lugar las deformaciones de afuera.

El hombre interior está en capacidad, como Fausto, de hacer entrega de su propia alma, en el afán ilusorio de conquistar un valor externo; pero ello, sin lugar a dudas, coloca a su lado a Metistófeles, como efecto de las consecuencias que acarrea la traición de sí mismo, es decir, la falta de respeto a la auténtica y singular intimidad.

Es más todavía: el haberse universalizado un estilo vital, el

correspondiente a la era del avión, al destruir las características propias de las culturas más entrañadas en lo original, ha acentuado el margen de neurosis y angustia, en un Ser que como el nuestro, resistese a vivir sometido a un clima de niveladora estandarización; y ello, por cuanto el hombre, poseedor del alma individual, no puede mantener la suya en el mismo ambiente en que prosperan las abejas y las hormigas.

El destino humano debe desarrollarse como un impulso trascendente hacia la creación de valores, grandes o pequeños; pero, siempre auténticos y personales. Las frustraciones, en esta área, la de la personalidad, son de fatales consecuencias. Ellas condenan al ente individual o colectivo a permanecer en un ámbito incoloro, no pocas veces envuelto en las siniestras sombras de la angustia y desesperanza.

La felicidad se elabora en el recinto del alma, como parte de nuestro destino, como posible herencia de actos pasados nuestros; y en esa elaboración pueden intervenir **factores sociales** que constituyen el marco de las

realidades externas hacia el cual somos atraídos, por la ley de la afinidad que, así en lo moral como en lo físico, impone un equilibrio entre lo subjetivo y lo objetivo.

La compleja vida social, con sus correspondientes efectos y reacciones, es capaz de alimentar el ansia de felicidad o puede afectar, por modo directo, ese anhelo o la felicidad misma; pero, jamás el mencionado complejo colectivo y la organización de los recursos y medios, alcanzarán la categoría espiritual que los lleve a ser los creadores del estado de ánimo, donde se funden los ingredientes cuyas reacciones internas, han de lograr la felicidad asequible a cada espíritu como legado excepcional en un dinámico vivir.